Influencia de las bellas letras en la civilización de los pueblos

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA VELADA QUE PARA HONRAR LA MEMORIA DE D. JOSÉ FERNÁNDEZ DE LARA, SE VERIFICÓ EN EL TEATRO GUERRERO DE PUEBLA.

SEÑORES:

EN la vasta región que ocupa actualmente el mar de Calabria, hubo, según el Cosmos de los soñadores de nereidas, un hermoso país bañado por arroyos cerúleos, recorrido por sendas de almendros, sembrado de infinitas grutas de rosas, bosques de naranjos y laderas de ametistas, por donde se deshebraban y escarmenaban las linfas de innumerables arrulladoras fuentes. Asilo único de la felicidad terrestre, vedado á la inmensa mayoría de los hombres, hallábase aquel oasis anchuroso defendido de las incursiones y de las miradas del resto del mundo, por inmensa corona de montañas altísimas, tajadas á pico, y revestidas en

su exterior por enormes costras de cuarzos cortantes, que impedían el acceso de todo viviente. En vano las águilas fatigaban su vuelo anhelando posarse en la cumbre de aquella muralla de diamante; en vano los reptiles desescamaban su piel irisada pretendiendo escalar aquel eterno cortinaje de estrellas. Era el recinto del venturoso oasis, del edén de la paz, la floresta del amor, la mansión del sueño, el alero de calandrias para el cantar sin tregua de la dicha.

Mecíanse en sus vertientes las palmeras de la Arabia Feliz; alzábanse en sus praderas, cual catedrales de esmeralda eternas y titánicas, los pomposos platanares de la gentil América; los musgos y los pastos de la India afelpaban sus valles risueños, y en aquel territorio, nunca manchado por la sangre ó las lágrimas del hombre, crecían todos los frutos y abrían sus corolas todas las flores de la tierra. Hacia el occidente de aquel paraíso, alzábase una ciudad encantadora, trazada, como ésta, por mano de los ángeles, edificada sobre jardines de sílfides, con jaspes azules, con venturinas y alabastros. Por sus puertas jamás penetró el sufrimiento, ni la tristeza, ni la ira, ni la zozobra, ni la muerte.

A vista de pájaro, era como un vasto conjunto de pequeñas innumerables pagodas, con sus cúpulas de turquesa, sus barandales de áurea filigrana, sus ojivas de colores, sus columnatas de bruñido coral; destacándose á trechos, los altos minaretes, los campanarios de los templos, las torres gigantescas de los palacios, los alcázares y los harenes.

Pero cierto día, un cataclismo semejante al que refiere Platón en la "Atlántida," un cataclismo como ese que volcó las aguas del Sahara sobre la cuenca del Mediterráneo, demolió aquella barrera de acero, arrojó el océano sobre el oasis, y sepultó para siempre el país de la dicha bajo la densa mole de zafiro que hoy ciñe las costas de Calabria.

Hoy es abismo de la muerte donde antes era el edén de la vida; ahora pasea la ola encrespada sus airones de espuma por los espacios en que no pudieran agitar sus alas los caudales condores; hoy cruza la barca á impulso del trabajoso remo, y caminan el dolor y el cansancio bajo aquel cielo que nunca escuchaba el quejido del dolor, ni el suspiro de la esperanza que se aleja.

Y refieren los pescadores que allá en las noches de plenilunio, cuando el mar duerme tranquilo en su gigantesco regazo, y duermen las brisas y las ondas, y se extiende

hítida y rasa como un cristal aquella inmensa superficie, y la reina de la noche envía torrentes de luz intensa, entonces ellos, asomados á la orilla, ven al través de las inmóviles y transparentes aguas, los campanarios, los minaretes, las torres, las cúpulas de aquella ciudad; y si no hay marea, y la fosforescencia disminuye, y los peces vagabundos no rompen la masa de líquido, suelen ver hasta las hileras de pequeñas pagodas, con sus techumbres de turquesas y sus barandales de áurea filigrana.

¡Oh ciudad de mi niñez!(*) ¡oh valle de la felicidad extinguida! ¡oh venturoso asilo de mis padres! así te miro yo al través de los años, á la luz refleja de la dicha que ya se puso, cuando el recuerdo, ese satélite del alma, envía su luz apacible entre las sombras de mi espíritu.

Así me asomo á contemplarte á través de la ausencia y del tiempo, y miro así tus glorias del pasado, cuyas cimas excelsas ví envolverse en las postreras púrpuras de la vida.

El último eslabón de esos Andes angelopolitanos, fuiste tú, amigo del alma, cuya juventud vigorosa iluminó mi niñez sin esplendores; cuyo prestigio excitó con noble emulación al trabajo y á los sudores del surco, las tristezas de mi oscuridad, los desalientos de mi abandono; y hoy que, de paso en nuestra ciudad predilecta, me toca en suerte venir á deslizar una gota de justicia sobre tu memoria entregada á la insaciable avaricia del olvido, permíteme, permitidme, señores, por un momento, que contemple la ciudad de ayer, la ciudad mía, la Puebla que está bajo estos rieles, estas fábricas, estos nuevos alcázares; la Puebla épica, la que oyó los clarines de la inmortalidad antes que oír los silbatos de la locomotora; la Puebla que levantó más alto que todas las cordilleras del Anáhuac, las cúpulas de su biblioteca, las torres de su sabiduría, los minaretes feudales de sus señores de la gloria; la Puebla de Beristáin y de Vázquez, de Jerónimo Martínez y Arango y Escandón, de Pérez Salazar y de Flores; la Puebla que imprimió su escudo de ángeles como un blasón celeste sobre las letras americanas, esas letras, señores, que cuentan aureolas como la de Núñez y Andrés Bello, Isaacs y Heredia, Inés de la Cruz y Zenea.

Y en verdad, señores, que nunca como ahora conviene evocar esos recuerdos, para dar prestigio á grandes intereses, vistos con reflexivo desdén por los malos intérpretes

* La ciudad de Puebla.

de nuestra época, y rectificar ciertas ideas que una enfermedad endémica entre nosotros, la ignorancia, ha esparcido é incrustado en el pensamiento de muchos.

Nunca, cual hoy, en las diferentes emergencias de nuestra vida histórica, ha sido justo y patriótico clamar contra ese desprecio á las letras, á la sabiduría moral, á la prosperidad del espíritu, contra ese desdén por el alma, que constituye el rasgo prominente en el ceño de nuestras sociedades actuales.

El progreso material que han producido en toda la extensión mejicana las fuerzas silenciosas de la paz, trajo consigo una especie de furor materialista, una fiebre por las empresas del orden económico y mercantil, que, inclinando exageradamente el ánimo nacional hacia las especulaciones positivas, amenaza con un grave retroceso en el orden moral, pues que la excesiva exuberancia en la vida de la materia no se establece sino á expensas de la vida del espíritu. De aquí, señores, la decadencia de nuestras letras, nuestro teatro y nuestra tribuna. Las letras de cambio han venido á substituir á las del Olimpo; nadie toma ya el camino de la biblioteca ó del ateneo, mientras que todos se dirigen apresuradamente á la Bolsa, al almacén ó á la Aduana. La cátedra se halla desierta, en tanto que los seres humanos se apelmazan á las puertas de los establecimientos bursátiles, y lejos de estudiarse las acciones jurídicas del Derecho Romano, se estudian las acciones de minas, las de ferrocarriles y espectáculos.

Y en este medio enteramente sensible, la decadencia proviene de que los individuos y las sociedades, poco analíticos, estiman que existe incompatibilidad entre los progresos del orden material y los del moral, y juzgan que el cultivo de lo bello y la vocación de lo sublime no tienen un objeto grave en la vida pública, ni más papel que el entretenimiento del ocio, y el descanso instantáneo de las empresas.

Pero entre las muchas cosas grandes que se han olvidado en nuestros días, se cuentan, señores, los servicios que las letras han prestado al progreso de los pueblos, á la libertad, esa diosa eternamente perseguida y eternamente adorada, á las ciencias, al Derecho, á la civilización, á las empresas mismas del orden material, á cuanto cae bajo la mirada de los siglos en las naciones más cultas de la tierra.

Se han olvidado que Orfeo enseñó la agricultura á las razas pelágicas, con sus cantares al són de la lira; que los tiempos más gloriosos para las letras helénicas fueron

justamente los más prósperos para las artes, la política y las gestiones militares de la Grecia; que la lucha tenaz contra los persas, que sería el ejemplo de la más heroica energía por la independencia de un pueblo, si no existiera el de la indomable nación castellana en su tantas veces secular combate contra los moros, se realizó entre los vívidos resplandores de la elocuencia, del ditirambo y la tragedia; como en España coincidía el descubrimiento del Nuevo Mundo, la toma de Granada, el ensanchamiento colosal de los Estados ibéricos y la gloria de sus imperecederos capitanes, con el descubrimiento de la imprenta, la aparición del Quijote, y las armonías dulcísimas de Fray Luis de León, de Juan de la Cruz y de Santa Teresa.

Olvidan, señores, que á los poetas debieron la ciencia y la moral salir del misterio de los templos para difundirse en la sociedad y formar el alma y el corazón de los pueblos. No se propagaba la literatura gnómica por medio de libros; se cantaba en las grandes reuniones, en las fiestas y en las comidas. Tenemos un ejemplo en los versos dorados atribuídos con razón ó sin ella á Pitágoras; Teognido de Megaras, Solón de Atenas, y Jenofonte pusieron en versos la filosofía práctica, la sabiduría política, para difundirla entre las masas, como difundiera Esopo entre el pueblo sus profundos apólogos. Olvídase que los poetas anteriores y posteriores á Homero inmortalizaron las proezas de su patria, y trasfundieron con su inspiración en la sangre de Atenas, el alma de los héroes que fueron su omnipotencia y su política, su libertad y su democracia, su vida y su autonomía, y la admiración de la historia, y el monumento de la grandeza humana.

Olvídase que de los cantares de Heriado brotaron también la agricultura, la constitución de su pueblo, la ciencia económica, la disciplina doméstica, las virtudes de la magistratura, el precepto de lealtad en los administradores de bienes ajenos, el hábito de la hospitalidad, los derechos del padre y de la familia; olvídase que Píndaro ennobleció el título de ciudadano y salvó para la historia la etnografía de la Grecia y de Sicilia, que creó la unidad nacional, cantando ante el pueblo, á las orillas del patrio río, las hazañas de las distintas provincias para la integridad de la Grecia; olvídase que Eubelo fué el único mortal capaz de corregir á Dionisio; que Aristodemo reconcilió á Philipo con Atenas; que Esquilo erigió en musa el amor de la patria; que fué el más animoso cultivador del sentimiento democrático,

oponiendo la dignidad personal y el espíritu público á la ciega obediencia de las muchedumbres; que refrenó los vicios de su época, aplicó su inspiración casi divina al ennoblecimiento de las pasiones humanas, y creó la doctrina de la supremacía del derecho sobre la fuerza. Olvídase que Sófocles inmortalizó el sentimiento de las bellas artes en sus cien tragedias, que introdujo en la filosofía social la idea de la Providencia, en substitución del ciego incomprensible destino, y creó la primera pedagogía, dando leyes á la educación de la mujer, y echando los cimientos del edificio que se corona en nuestros días.

¿Cómo olvidar, señores, lo que las ciencias políticas debieron á Tucydides, el admirable ecléctico que armonizó las virtudes de la democracia y las de la nobleza; que defendió la memoria de los más ilustres patricios, introdujo la crítica en la Historia y la investigación de las causas de los fenómenos?

¿Cómo olvidar los servicios que prestó Flerodoto á la Geografía, cómo olvidar su ciencia casi inspirada, cuando después de tantos siglos de investigaciones metódicas, de excursiones de sabios, y esfuerzos colosales, se han venido á descubrir las fuentes del Nilo en el sitio mismo fijado há tres mil años por aquel padre de la Historia?

¿No se ha debido á Jenofonte el primer tratado sobre la Economía?

¿No fué Pericles quien creó la tribuna, alma del parlamentarismo en que descansan las instituciones modernas, que son proclamadas á su vez como la base del progreso? ¿No ha sido esa obra de Pericles, desde los tiempos de Atenas hasta nuestros dias, un poder nuevo que siembra escollos en el campo de la tiranía y encadena los brazos de la guerra?

¿Cómo han podido olvidar los detractores de la gran misión de las letras que fué Licurgo la palanca del destino para la elevación de su siglo; que, cuando todo se humilla y tiembla ante el coloso de Macedonia, es Isócrates el único que le resiste y enseña á resistirle; que fueron Demóstenes y Esquino quienes más gloriosos días dieran á su pueblo, quienes le devolvieron sus antiguos blasones, y decretaron la moralidad como base de la administración de la República?

No pretendo fatigaros, señores, ni me permite extenderme en este linaje de recuerdos el brevísimo espacio que para trazar estas líneas me concedió la comisión organiza-

dora de tan amable festividad; sólo he querido formular en nombre de la Filosofía de la Historia una protesta de las letras mejicanas contra ese desatentado desprecio que empieza á ser, ¡con dolor del alma lo decimos! el medio ambiente de su penosa vida, y formularla aquí, en la patria y hogar de los más ilustres hombres de que habrá de envanecerse la gloria del Anáhuac.

.....

.....

.....

.....

Y hoy, que he venido á evocar su memoria, ¿á quién antes qué á tí, divino Arango, consagraré las primicias del recuerdo en el corazón de esta Puebla, que un día será celebrada por cuna tuya, entre las más nobles de América, como lo ha sido Florencia por cuna de Dante, entre las suntuosas del Viejo Mundo?

¡Ah señores! ya no podrá disputarse á las sienes de la orgullosa angelopolitana ese lauro de gloria; ella ha sido la patria del primer poeta mejicano, porque no es ya el provincialismo vano y testarudo, tenaz y celoso, terco y quisquilloso quien presenta el dictamen, no; es el extranjero, el juez frío é imparcial, sabio é ingénuo. ¡Ah, con qué avaricia recorrí esas magníficas páginas de Menéndez Pelayo! ¡Cuál se agolparon á mis ojos las lágrimas de la justicia, cuando ví concedérsela plena al hombre eminente, que por eminente y por superior á su sociedad misma, pasaba inadvertido, oculto á los ojos de la gran mayoría de sus conciudadanos; pues que sus obras eran pasto de roedores en la bodega de un viejo amigo, mientras por todas partes hacían fortuna y se recitaban con delicia los librejos de poetastros romanticones y sensuales!

¡Qué naufragio del buen gusto, qué horroroso "debacle" del sentimiento!

Pero llegó el día de la justicia, administrada espléndidamente por el más ilustre cultivador de las ciencias y las letras españolas, como llegará en nuestra patria cuando, trascurrido medio siglo, el pueblo sepa leer, y renazcan las letras, y se maneje en las aulas, los ateneos y los hogares, el gigantesco telescopio con que es posible divisar y conocer las altísimas nebulosas de lo bello y de lo sublime.

Entonces se elevarán pedestales á nuestro Beristáin, el más antiguo de los bibliófilos mejicanos, después de Equiara, que salvó del olvido el suntuoso claustro de nuestros maestros en la época colonial.

El esclarecido Miguel Jerónimo Martínez, poeta y orador, Lacordaire angelopolitano que engrandeció la tribuna sagrada y arrastró en pos de su meliflua elocuencia la fama de aquende y allende el Atlántico; el sabio Lafragua, el ilustre Joaquín Ruiz, el Demóstenes poblano, que hizo brillar el acero de su formidable dialéctica en los días clásicos de nuestra retórica, en la edad de oro de nuestra tribuna; el incomparable historiador Orozco y Berra, que ha legado á su patria el más preciso tesoro de crítica que posee la América Española, el que profundizó cual ninguno las tinieblas de ese eterno misterio, la ciencia azteca, que apagó un sol en la sangre del último sacerdote mejicano; á Pérez Salazar, el humorista cervantino, el satírico que hería con ramos de rosas, el hablista correcto y dulce como Garcilazo, flexible y gracioso como Ochoa; á Manuel Flores, el gilguero del amor, el Isaacs mejicano que escribió con lágrimas de ángel la más deliciosa estrofa del sentimiento, y finalmente, á Fernandez de Lara, al poeta modesto, menos arrebatado que Flores, pero mucho más correcto que él; menos erótico, pero más descriptivo; menos cadencioso, pero más sabio, de Literatura más nutrida y brillante.

Que sean, señores, la primera piedra de ese pedestal suspirado, la primera página de ese proceso de la gloria, estas sencillas cuanto amorosas manifestaciones en loor del último de nuestros poetas muertos.

Recíbelas, amigo inolvidable. Fresca todavía la tierra de tu sepulcro, no es tiempo aún de que recibas plena justicia. Entretanto, bástente estas muestras cariñosas de que vive tu espíritu entre nostros, la gloria de haber sido estimado profundamente y la dicha, que tanto anhelo para mí, la dicha de dormir el sueño de la paz bajo esta tierra idolatrada.